

## Un cuento de Hesse

■ Hay un cuento de Hermann Hesse, escrito en 1907, que siempre recuerdo. Transcurre en los tiempos de los torneos medievales, donde aguerridos caballeros competían por la mano de nobles doncellas. El cuento se llama "Chagrin d'amour" y es la historia de un caballero pobre llamado Marcel, apuesto, algo famélico, provisto de modesta armadura y un débil caballo llamado Melisa. El, lleno de ilusiones, va al torneo cuyo premio era nada menos que la reina Herzeloide, viuda de Kastis e hija del rey de Grial. Por cierto, todos los grandes y ricos caballeros de la comarca y más allá de ella, han asistido; y el pobre Marcel, en su primer enfrentamiento, es derribado de su cabalgadura por un recio caballero español.

Marcel, derrotado, carente de fortuna, se queda merodeando en las tiendas que los demás competidores han alzado en las cercanías de la lid. Su simpatía y buen talante hacen que los otros lo acojan, le tomen cariño y se diviertan con las canciones que Marcel canta acompañado de su laúd.

Hesse describe la vida de los famosos caballeros, sus disputas, sus orgullos y sus riquezas, entre los cuales se pasea la triste figura de Marcel, cantando sus canciones, lo que, a la postre, lo hace merecedor de ser escuchado por la bella Herzeloide. Ante ella canta una romanza cuyo estribillo en francés es:

"Plaisir d'amour ne dure  
qu'un moment  
chagrin d'amour dure toute la vie".

Y Hesse termina así su cuento:

"Se extinguió el eco de las fiestas; pasaron lustros y decenios; las tiendas se pudrieron; el duque de Brabante y la bella reina murieron; hace ya muchísimo tiempo que nadie sabe nada ya de Kanvoeis y de esos torneos cuyo premio era la mano de Herzeloide. Tras el paso de

tantos siglos no han quedado más que unos nombres que nos suenan extraños y anticuados, y aquellos versos del joven caballero. Estos aún se cantan hoy día".

Extraña suerte ésta la de los poetas y los artistas. En vida, suelen ser seres marginados, que en el mejor de los casos, como en el relato sucede con Marcel, sirve para la diversión y el esparcimiento de los poderosos y, sin embargo, a diferencia de ellos, tienen la posibilidad de sobrevivir en el tiempo a través de su arte.

Pronto, muy pronto, se olvidan los nombres de quienes en su tiempo y en su comunidad, fueron objeto de honores, administraron las riquezas o tuvieron su parcela de poder. Y cuando la historia alcanza a recoger esos nombres, nada sabemos, en definitiva, de cuál era su profundo sentir, lo que constituían sus sensaciones, su íntima personalidad, las formas que tomaban sus alegrías, el amasijo del que estaban hechos sus dolores. Podemos recitar los triunfos de Napoleón en sus batallas y las obras que realizó como gobernante, pero ignoramos por completo cómo sentía, cómo amaba, cómo se plasmaba su yo íntimo. En cambio, nos basta escuchar una sinfonía de Beethoven, ver un cuadro de El Greco, leer un soneto del Dante y toda la humanidad que ellos poseían se nos hace presente, comunicándose con nosotros, venciendo al tiempo.

Y si ante estas reflexiones alguien está tentado de decir que lo que importa es lo que se tiene y se goza en vida, que a los poderosos caballeros del cuento de Hesse nadie les quita "ni lo bailado, ni lo comido, ni lo tomado", recuérdese que, por algo, todas las religiones ofrecen a sus creyentes, el consuelo de otra vida, que los salve del irremisible olvido de la muerte.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA